

Capítulo 63 - Impregnando a Feng

Las alertas del sistema seguían presentes en mi vista, pero las ignoré. Sin dudarlo. Pensar demasiado en las advertencias no las salvaría; yo sí.

Mis mujeres se estaban desmoronando frente a mí, el qi inestable, la esencia lista para colapsar en ruinas.

¿Sus niveles de cultivo inestables? Solo pregunté para saber exactamente en qué nivel de poder estaban, y me ocuparía del resto una vez que terminara esta sesión.

[

Mei Ling: Establecimiento de la Fundación < Formación del Núcleo Temprano (a través del cultivo dual) < Formación del Alma (INESTABILIDAD)

Lin Yue: Establecimiento de la Fundación Máxima < Formación del Núcleo Tardío (a través de su vínculo) < Formación del Alma (INESTABILIDAD)





Anciano Feng Lianhua: Alma Naciente Media < Alma Naciente Tardía < Alma Naciente Cúspide < Formación del Alma (INESTABILIDAD)]

Y en ese momento, sentado en la luz dorada del palacio del placer, rodeado de sus cuerpos temblorosos, tomé la decisión que todo emperador debe tomar: los ataría más fuerte a mí, los llenaría, los arreglaría y, si el destino lo exigía, los criaría.

Criarlos para dejar un legado antes de ascender con ellos a un reino superior, porque no iba a dejar a ninguno de ellos atrás en este infierno.

Sólo un poco de esfuerzo por mi parte y por parte de ellos sería todo lo que haría falta.



No había lugar para la debilidad.

Primero miré a Feng.

"Siéntate, Feng", dije con firmeza; mi voz atravesó su cansancio como una cuchilla.

Tembló ante mis palabras, sus ojos azul pálido se llenaron de caos mientras su cuerpo obedecía. Se inclinó hacia adelante con



vacilación, presionando su grueso y redondo trasero contra mi regazo. Sus caderas se hundieron hasta que la curva de su trasero regordete se estrelló directamente contra mi polla, deslizándola a través de nuestras batas.

La tela no lo disimulaba. Mi pene se contraía bajo ella, hinchado, duro como el hierro, palpitando con tanta fuerza que la hizo temblar de calor.

Parecía débil, a punto de quebrarse, pero no aflojé la orden. La piedad la mataría allí mismo; lo que necesitaba era un pilar al que aferrarse: un hombre que no dudara.

"Quítate la túnica."

Inhaló profundamente, se mordió el labio y asintió. Le temblaban las manos al tirar de la faja. La bata cayó de sus hombros como una rendición, deslizándose por sus brazos hasta que se quedó allí sentada, desnuda, temblando, intentando ocultar sus escalofríos con frágil dignidad.

Y joder, su cuerpo me hacía hervir la sangre.

Ella ya no era una doncella delgada: Feng era una mujer.

Muslos gruesos se extendían inconscientemente sobre mi regazo, caderas anchas hechas para albergar la vida, un vientre suave pero poderoso que se estremecía con cada respiración, pechos pesados





y perfectos, con pezones rosados y rígidos que pedían una boca, la parte inferior ligeramente húmeda por el sudor de su calor. La edad había tallado sus curvas hasta la madurez, un cuerpo de MILF diseñado para la reproducción hasta el agotamiento, su piel enrojecida por la excitación, pequeñas gotas de sudor trazando el valle entre sus pechos llenos.

Ella estaba allí sentada, desnuda y jadeante, mordiéndose el labio como si eso la mantuviera en pie. Pero su esencia era hielo que se fracturaba, su alma se desmoronaba, y su cuerpo aún ardía por mí.

—Una última vez —dije, desviando la mirada—. Mei, quítame la túnica.

—Sí, esposo —susurró Mei Ling con voz ronca. Se levantó, con las enredaderas flameando como serpientes furiosas, pero su rostro resplandecía al desatar mi túnica.

La tela cayó. Mi polla saltó libre.

Las venas se abultaban contra el grueso eje, la cabeza hinchada, reluciente de líquido preseminal, palpitaba en el aire cálido. Mei jadeó, lamiéndose los labios como una chica hambrienta ante un festín.

Luego me volví hacia Lin Yue.



"Yue", le ordené, "bésame mientras te quitas el vestido también".

—Sí, esposo —suspiró, su cuerpo de bronce temblando por el fuego que le partía los meridianos. Pero obedeció sin dudarlo, acercándose con fuego en sus ojos verdes, sus labios reclamando los míos en un beso intenso y desesperado mientras sus manos le quitaban la túnica.

Su lengua atravesó mi boca con un gemido, su piel bronceada brillando bajo la luz dorada mientras sus muslos musculosos se abrían, su coño ya brillaba, sus abdominales tonificados se flexionaban sutilmente con cada respiración caliente, el leve brillo del sudor resaltaba las firmes crestas de su complexión de guerrera.

Eran míos. Los tres.

Antes de que cualquiera pudiera acercarse más, mis manos se movieron.

Agarré las anchas caderas de Feng con ambas manos, hundiendo mis dedos profundamente en su suavidad, levantándola ligeramente. Ella hizo una mueca, sus enormes pechos rebotaron, su vientre se estremeció. Mi polla rozó sus labios húmedos, la punta se deslizó en su lugar.



Ella me miró temblando.

Su corazón estaba acelerado, sus pechos se agitaban, pero cuando presioné esa gruesa cabeza de pene contra los labios de su vagina, su cuerpo la traicionó, sus jugos se derramaron y me empaparon.

Su agujero temblaba, rogando.

La presioné más abajo.

"¿Me darás un hijo, Feng?"

Sus ojos se abrieron de par en par, la sorpresa se mezcló con el placer cuando la cabeza separó ligeramente sus pliegues. Su coño se apretó alrededor de la nada, su cuerpo gritó su respuesta antes de que sus labios la alcanzaran.

Su corazón golpeó contra su pecho, sus pechos llenos se elevaron; ella parecía aturdida, como si hubiera despertado un hambre que había enterrado durante siglos.

Sus labios se separaron. "Sí... Tendré un hijo tuyo. Por favor, esposo. Hazme criar."

¿Marido? Sonreí.



Estaba claro que mientras dormía, no sólo los cálculos del sistema, sino también las lecciones de Mei habían hecho que empezaran a llamarme así.

Los corregiría más tarde... pero por ahora, marido tampoco era una mala elección.

"Aah... Haah..." Al ver la respiración de Feng, me di cuenta exactamente de lo que había despertado en ella: la necesidad primaria de entregarse, de ser criada, de llevar un hijo.

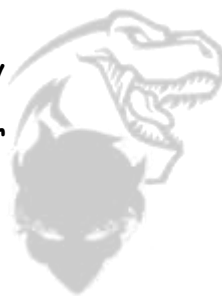
Un deseo oculto que toda mujer tiene al llegar a cierta edad. Y Feng, mi hermosa MILF, necesitaba ser madre para poder reclamar ese título.

A la madre de mi hijo la follaría hasta hacerla existir.

—Sistema —gruñí en silencio—. Hazme muy fértil. Aumenta la potencia y la calidad de la semilla.

[Mejora confirmada: Potencia espermática +1000 %. Factor de fertilidad maximizado. Probabilidad de concepción: Absoluta.]

Perfecto.





La hice sentar.

Mis manos sujetaron sus caderas, guiando su coño hacia abajo sobre la gruesa cabeza de mi polla. Se deslizó dentro, abriendo sus labios.

Sus ojos se pusieron en blanco al instante.

"¡Ahhhhhh...! ¡Esposo, es tan espeso! ¡Qué calor!"

Gimió largo y fuerte mientras mi miembro se deslizaba en su anhelante agujero, abriéndola, apretándola ya solo por la punta. Sus enormes pechos rebotaban con cada escalofrío, su cuerpo de MILF temblaba con esa penetración, su suave vientre presionándose contra mí al descender, la calidez de la parte interna de sus muslos apretándome los costados.

Su trasero se sacudió mientras la obligaba a bajar más, dejándola sentir cada centímetro.

Los otros dos observaban con los ojos abiertos, los labios entreabiertos y los cuerpos empapados. Pero no los olvidé. Mi mano izquierda se deslizó sobre la raja de Yue, deslizando un dedo directamente en su coño húmedo.



—¡Ahhh! ¡Esposo! —gritó, moviendo sus caderas contra mí.

Ella envolvió sus manos alrededor de mis hombros, gimiendo mientras mi dedo se curvaba dentro de su humedad.

Al mismo tiempo, mi mano derecha encontró el trasero de Mei, presionando su túnica hasta que mi dedo exploró su ano. Solo tela nos separaba. Froté su anillo con fuerza a través de la tela.

—¡Ahhhh! Está... apretado... ¡oh, esposo! —gimió, sus enredaderas se apretaron a nuestro alrededor mientras se arqueaba, frotándose contra mi tacto, sus firmes nalgas flexionándose bajo la fina tela, la sutil curva de sus caderas balanceándose de necesidad.

Tres mujeres. Tres gemidos desesperados.

Sonreí.

"¿Sabes lo que pienso?" Dije, con la polla gruesa dentro de Feng, el dedo enterrado en Yue, la punta del dedo trabajando el culo de Mei hasta dejarlo en carne viva.

"Creo que si os dejo embarazadas a todas... al mismo tiempo... ¿quién carajo me va a mantener ocupada machacando cuando vuestras barrigas se hinchen demasiado para soportarme?"





Los tres se quedaron paralizados al instante. Sus ojos temblaron violentamente, conteniendo la respiración. La cámara latía al ritmo de sus latidos.

Lágrimas calientes y gemidos se mezclaron en sus gargantas.

Yue se inclinó al instante, besándome con fuerza, ahogando su llanto en mis labios. "Bastardo... sabes exactamente lo que me estás haciendo..."

Mei gimió, lamiendo mis abdominales mientras susurraba entre cortadamente: "Déjame... déjame cargarte... esposo".

Y Feng me arañó el pecho, conteniendo el fuego y las lágrimas mientras temblaba sobre mi polla. Sus paredes intentaron tragarme por completo.



Se habían ido, los tenía.

Ya no eran sólo mujeres: eran emperatrices dispuestas a darme hijos.

¿Y por qué?



¿Por qué quería esto? Porque el amor y la lujuria eran lo mismo para mí. Porque estas mujeres eran mías, porque las adoraba con todo mi corazón. Su devoción, sus lágrimas, sus cuerpos... las protegería a todas.

Pero también porque el camino estaba despejado. Ascendería pronto. A tronos más allá de los reinos mortales. Y este mundo necesitaría la fuerza que había dejado atrás. Mis herederos. Mezclados de mi sangre y su poder, hijos de heroínas, seres destinados a gobernar.

Entonces, para confirmarlo una vez más, pregunté: "Dime, ¿quién me mantendrá ocupada cuando Feng esté embarazada?"

¿Y la respuesta?

No vino, sólo sus gemidos.

"Aaanghh... Ahhnnn... Unghh..."

[Inicio de la estabilización del cultivo—]

Cállate, sistema. Dame todo cuando termine de amar a mis esposas.

